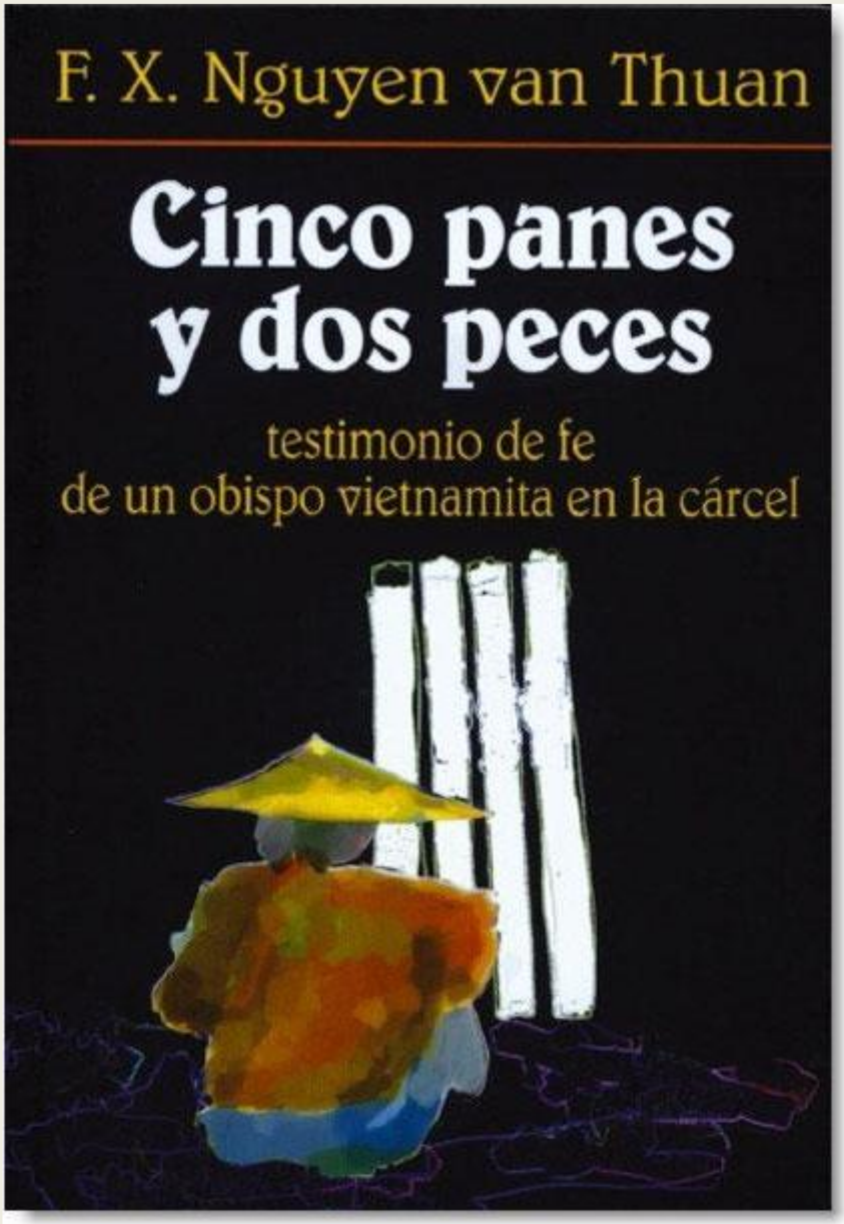


Cinco Panes y Dos Peces

http://www.materunitatis.org/5panes2peces.html

Cinco panes y dos peces

POR CARDENAL FCO. XAVIER NGUYEN VAN THUAN

Prefacio

Queridos jóvenes:

Contemplar un hermoso panorama, las colinas y el mar azul con olas blancas, me hace pensar en Jesús en medio de la multitud. Mirándoles a ustedes a la cara, con los ojos de Jesús, les digo con todo mi corazón: «¡Jóvenes, los amo! ¡Los amo!».

Quiero inspirarme en el Evangelio de san Juan, capítulo 6, para hablarles hoy. Pónganse de pie, escuchen la palabra de Jesús:

«Al ver Jesús que mucha gente acudía a Él, dijo a Felipe: ¿Dónde podríamos comprar pan para dar de comer a todos éstos? Dijo esto para ver su reacción, pues Él sabía lo que iba a hacer. Felipe le contestó: con doscientos denarios no compraríamos bastante para que cada uno tomara un poco. Entonces intervino otro de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, diciendo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes y dos peces; pero ¿qué es esto para tanta gente? Jesús mandó que se sentaran todos pues había mucha hierba en aquel lugar. Eran unos cinco mil hombres. Luego tornó los panes, y después de haber dado gracias a Dios, los distribuyo entre todos. Hizo los mismo con los peces y les dio todo lo que quisieron» (Jn 6, 5-11).

En el camino hacia el Jubileo del 2000, buscamos quién es Jesús, por qué lo amamos, cómo dejarnos amar por Jesús, hasta seguirlo en el radicalismo de nuestras decisiones, sin pensar en lo largo del recorrido, en el cansancio de la marcha bajo el sol del verano, ni en la lejanía de todo alivio.

El Santo Padre escribió: «En comunicación con todo el pueblo de Dios que camina hacia el Jubileo del año 2000, quiero invitaros este año a fijar la mirada en Jesús, Maestro y Señor de nuestra vida, mediante las palabras contenidas en el Evangelio de Juan: «Maestro, dónde vives?». «Vengan y lo verán» (Jn 1, 38-39); (Mensaje para la XII Jornada Mundial de la juventud, 1997).

Como joven, sacerdote, obispo, ya he recorrido parte del camino, a veces con gozo, a veces en el sufrimiento, en la cárcel, pero siempre llevando en el corazón una esperanza rebosante.

Me sentí incómodo cuando se me pidió que contara mi experiencia de seguimiento de Jesús. No es agradable hablar de uno mismo. Pero recuerdo que el llorado Cardenal Suenens, en un escrito suyo, preguntó a Verónica: «Usted me deja hablar de su vida solo hasta hoy, ¿por qué no lo había permitido antes?». «Porque ahora comprendo que mi vida no me pertenece a mí, sino toda ella es de Dios; Dios puede disponer de ella como quiera para bien de las almas».

Juan Pablo II ha condensado este pensamiento en el titulo de su autobiografía: Don y misterio, como lo hizo María en el Magnificat.

Así pues, queridos jóvenes, yo hago como dice el pasaje del Evangelio en que Jesús da cinco panes y dos peces: eso es nada ante una multitud de miles de personas, pero es todo suyo y Jesús lo hace todo, es don y misterio. Como el muchacho del Evangelio, resumo mi experiencia en siete puntos: cinco panes y dos peces. Es nada pero es todo lo que tengo. Jesús hará el resto.

Muchas veces sufro interiormente porque los medios de comunicación quieren hacerme contar cosas sensacionales, acusar, denunciar, excitar la lucha, la venganza... Esta no es mi intención. Mi más grande deseo es transmitirles mi mensaje del Amor, en la serenidad y en la verdad, en el perdón y la reconciliación. Quiero compartir mis experiencias: cómo he encontrado a Jesús en cada momento de mi existencia diaria, en el discernimiento entre Dios y las obras de Dios, en la oración, en la Eucaristía, en mis hermanos y en mis hermanas, en la Virgen María, guía de mi camino. Junto con ustedes quiero gritar: « ¡Vivimos el testamento de Jesús! ¡Cruzamos el dintel de la esperanza!».

Roma, 2 de febrero 1997, fiesta de la Purificación de María.

Capítulo I

Primer pan: Vivir el momento presente

POR CARDENAL FCO. XAVIER NGUYEN VAN THUAN

¡A lo largo de los caminos de la existencia diaria es donde podréis encontrar al Señor!... Esta es la dimensión fundamental del encuentro; no se trata de hacer alguna cosa, sino con Alguien, con el Viviente.

(Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 1).

Me llamo François Xavier Nguyen Van Thuan y soy vietnamita. En Tanzania y en Nigeria los jóvenes me llaman «Uncle Francis»; es más fácil llamarme «Tío Francisco» o, simplemente, Francisco.

Hasta el 23 de abril de 1975 fui, por ocho años, obispo de Nhatrang, en el centro de Vietnam, la primera diócesis que me fue confiada, donde me sentía feliz, y para la cual conservo siempre mi predilección. El 23 de abril de 1975 Pablo VI me promovió a arzobispo coadjutor de Saigón. Cuando los comunistas llegaron a Saigón, me dijeron que mi nombramiento era fruto de un complot entre el Vaticano y los imperialistas para organizar la lucha contra el régimen comunista. Tres meses después fui llamado al palacio presidencial para ser arrestado: era el día de la Asunción de la Santísima Virgen, 15 de agosto de 1975.

«Yo no esperaré. Voy a vivir el momento presente, colmándolo de amor»

Esa noche, en el trayecto de una carretera de 450 km, que me llevó al lugar de mi residencia obligatoria, me venían a la mente muchos pensamientos confusos: tristeza, abandono, cansancio, después de tres meses de tensiones... Pero en mi mente surgió claramente una palabra que dispersó toda la oscuridad, la palabra que monseñor John Walsh, obispo misionero en China, pronunció cuando fue liberado después de doce años de cautiverio: «He pasado la mitad de mi vida esperando». Es verdaderísimo: todos los prisioneros, incluido yo mismo, esperan cada minuto su liberación. Pero después decidí: «Yo no esperaré. Voy a vivir el momento presente, colmándolo de amor».

No es una inspiración improvisada, sino una convicción que he madurado durante toda la vida. Si paso mi tiempo esperando, quizá las cosas que espero nunca llegarán. La única cosa que con seguridad me llegará será la muerte.

En el pueblo de Cáy Vóng, donde se designó mi residencia obligatoria, bajo vigilancia abierta y oculta de la policía «confundida» entre el pueblo, día y noche me sentía obsesionado por el pensamiento: «¡Pueblo mío! ¡Pueblo mío que tanto amo: rebaño sin pastor! ¿Cómo puedo entrar en contacto con mi pueblo, en este momento en que tienen más necesidad de pastor?». Las librerías católicas fueron confiscadas, las escuelas cerradas; las religiosas y los religiosos

que enseñaban fueron enviados a trabajar en los arrozales. La separación es un shock que me destruye el corazón.

«Yo no esperaré. Voy a vivir el momento presente, colmándolo de amor; pero ¿cómo?».

Una noche vino la luz: «Francisco, es muy simple, haz como san Pablo cuando estuvo en prisión: escribía cartas a varias comunidades». La mañana siguiente, en octubre de 1975, hice una señal a un niño de siete años, Quang, que regresaba de la Misa a las 5, todavía oscuro: «Dile a tu mamá que me compre bloques viejos de calendarios». Muy entrada la tarde, también en la oscuridad, Quang me trajo los calendarios, y todas las noches de octubre y noviembre de 1975 escribí a mi pueblo mi mensaje desde la cautividad. Cada mañana el niño venía a recoger las hojas para llevarlas a casa y hacer que sus hermanos y hermanas copiaran el mensaje. Así se escribió el libro El camino de la esperanza, que ha sido publicado en ocho idiomas: vietnamita, inglés, francés, italiano, alemán, español, coreano y chino.

La gracia de Dios me dio la energía para trabajar y continuar, aun en los momentos de más desesperanza. El libro lo escribí de noche en mes y medio, tenía miedo de no poder terminarlo: temía ser transferido a otro lugar. Cuando llegué al número 1001 decidí detenerme: fueron como «las mil y una noches»...

En 1980, en la residencia obligatoria de Gian-gxá, en el Vietnam del Norte, siempre de noche y en secreto, escribí mi segundo libro, El camino de la esperanza a la luz de la Palabra de Dios y del Concilio Vaticano II, después mi tercer libro, Los peregrinos del camino de la esperanza: «Yo no esperaré. Vivo el momento presente, colmándolo de amor».

Los Apóstoles habrían querido elegir el camino fácil: «Señor, deja ir a la multitud para que se aprovisione de alimento...». Pero Jesús quiere actuar en el momento presente: «Denles ustedes de comer» (Lc 9, 13). En la Cruz, cuando el ladrón le dijo: «`Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino'. Jesús le dijo: 'te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso'» (Lc 23, 42-43). En la palabra «hoy» sentimos todo el perdón, todo el amor de Jesús.

«Lo importante no es el número de acciones que hacemos, sino la intensidad del amor que ponemos en cada acción» - Madre Teresa de Calcuta

El padre Maximiliano Kolbe vivía este radicalismo cuando repetía a sus novicios: «Todo, absolutamente, sin condición». Escuché a Don Helder Cámara decir: «La vida es para aprender a amar». Una vez la Madre Teresa de Calcuta me escribió: «Lo importante no es el número de acciones que hacemos, sino la intensidad del amor que ponemos en cada acción».

¿Cómo llegar a esta intensidad de amor en el momento presente? Pienso que debo vivir cada día, cada minuto, como el último de mi vida. Dejar todo lo que es accesorio, concentrarme sólo en lo esencial. Cada palabra, cada gesto, cada telefonema, cada decisión es la cosa más bella de mi vida, reservo para todos mi amor, mi sonrisa; tengo miedo de perder un segundo viviendo sin sentido...

Escribí en el libro El camino de la esperanza: «Para ti el momento más bello es el momento presente (cfr. Mt 6, 34; St 4, 13-15). Vívelo en la plenitud del amor de Dios. Tu vida será maravillosamente bella si es como un cristal formado por millones de esos momentos. ¿Ves cómo es fácil?» (El camino de la esperanza, 997).

Queridos jóvenes, en el momento presente Jesús tiene necesidad de ustedes. Juan Pablo II los llama insistentemente a hacer frente a los retos del mundo actual: «Vivimos en una época de grandes transformaciones, en la que declinan rápidamente ideologías que parecía que podían resistir el desgaste del tiempo y en el planeta se van modificando los confines y las fronteras. Con frecuencia la humanidad se encuentra en la incertidumbre, confundida y preocupada (Mt 9, 36), pero la Palabra de Dios no pasa; recorre la historia y, con el cambio de los acontecimientos, permanece estable y luminosa (Mt 24, 35). La fe de la Iglesia está fundada en Jesucristo, único salvador del mundo: ayer, hoy y siempre (Hb 13, 8)» (Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 2).

Oración

Preso por Cristo

Jesús, ayer por la tarde, fiesta de la Asunción de María, fui arrestado.

Transportado durante la noche
de Saigón hasta Nhatrang,
a cuatrocientos cincuenta kilómetros de distancia,
en medio de dos policías,
he comenzado la experiencia de una vida de prisionero.

Tantos sentimientos confusos
hay en mi cabeza: tristeza, miedo, tensión,
mi corazón desgarrado por haber sido alejado de mi pueblo.
Humillado recuerdo las palabras de la Sagrada Escritura:
«Lo contaron entre los malhechores» (Lc 22, 37).
En automóvil he atravesado mis tres diócesis:
Saigón, Phanthiet, Nhatrang.
Con tanto amor a mis fieles, pero ninguno de ellos sabe que su pastor está pasando la primera etapa de su vía crucis.
Pero en este mar de extrema amargura me siento más libre que nunca.
No tengo nada, ni un sólo centavo, excepto mi rosario
y la compañía de Jesús y María. En el camino de cautividad he orado:
«Tú eres mi Dios y mi todo».

Jesús,
ahora puedo decir como san Pablo: «Yo, Francisco, prisionero de Cristo, ego Franciscus, vinctud Jesu Guisa pro vobis» (Ef 3, 1).

En la oscuridad de la noche,
en medio de este océano de ansiedad, de pesadilla,
poco a poco me despierto:
«Debo afrontar la realidad». «Estoy en la cárcel.
Si espero el momento oportuno de hacer algo verdaderamente grande, ¿cuántas veces en mi vida se me presentaron ocasiones semejantes?

No, aprovecho las ocasiones que se presentan cada día
para realizar acciones ordinarias
de manera extraordinaria».

Jesús,
no esperaré, vivo el momento presente, colmándolo de amor.
La línea recta está hecha de millones de pequeños puntos unidos uno a otro.
También mi vida está hecha de millones de segundos y de minutos unidos uno al otro.

Coloco perfectamente cada uno de los puntos y mi línea será recta.
Vivo con perfección cada minuto y la vida será santa.

El camino de la esperanza está pavimentado de pequeños pasos de esperanza.

Como tú, Jesús, que has hecho siempre lo que es agradable a tu Padre.
Cada minuto quiero decirte:

Jesús, te amo, mi vida es siempre una «nueva y eterna alianza> contigo.

Cada minuto quiero cantar con toda la Iglesia: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...

Residencia obligatoria Cáy Vóng (Nhatrang, Vietnam Central),
16 de agosto de 1975, día siguiente a la Asunción de María.

Capítulo II

Segundo pan: Discernir entre Dios y las obras de Dios

POR CARDENAL FCO. XAVIER NGUYEN VAN THUAN

Es verdad: Jesús es un amigo exigente que indica metas altas... ¡Abatid las barreras de la superficialidad y del miedo! Reconociéndoos hombres y mujeres «nuevos».

(Juan Pablo II, Mensaje para la II Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 3).

Cuando era estudiante en Roma, una persona me dijo: «Tu cualidad más grande es la de ser dinámico, y tu defecto más grande es el de ser 'agresivo'». En todo caso soy muy activo, soy un scout, capellán de los Rover, es un estímulo que cada día me impulsa: correr contra el reloj, tengo que hacer todo lo que me es posible para confirmar y desarrollar la Iglesia en mi diócesis de Nhatrang, antes de que vengan los días difíciles, cuando estemos bajo el comunismo.

En ocho años aumentó el número de 42 a 147 seminaristas mayores; y el de los menores de 200 a 500, en cuatro seminarios; formación permanente de los sacerdotes de seis diócesis de la Iglesia metropolitana de Hue; desarrollar e intensificar la formación de los nuevos movimientos de jóvenes, de laicos, de los consejos pastorales... amo mucho mi diócesis, Nhatrang.

Escoger a Dios y no las obras de Dios: Dios me quiere aquí y no en otra parte.

Y debo dejar todo para ir rápidamente a Saigón, siguiendo las órdenes del Papa Pablo VI, sin tener la oportunidad de decir adiós a todos aquellos a quienes estoy unido por el mismo ideal, con la misma determinación, compartiendo las mismas pruebas y los mismos gozos.

Aquella noche en que grabé mi voz para dar el último saludo a la diócesis, fue la única vez en ocho años en que lloré. ¡Y lloré amargamente!

Después, las tribulaciones en Saigón, el arresto; fui llevado nuevamente a mi primera diócesis de Nhatrang, al cautiverio más duro, no lejos del obispado. Mañana y tarde, en la oscuridad de mi celda, oigo las campanas de la catedral, donde pasé ocho años que me destrozan el corazón; por las noches oigo las olas del mar delante de mi celda.

Luego, en el fondo de un barco que llevaba 1,500 prisioneros hambrientos y desesperados. Y en el campo de reeducación de Vinh-Quang, en medio de otros prisioneros tristes y enfermos, en las montañas.

Sobre todo la larga tribulación de nueve años en aislamiento, sólo con dos guardias, una tortura mental, en el vacío absoluto, sin trabajo, caminando en la celda desde la mañana hasta las 9:30 de la noche para no ser destruido por la artrosis, al límite de la locura.

Muchas veces fui tentado, atormentado por el hecho de que tenía 48 años, edad de la madurez; había trabajado ocho años como obispo, habiendo adquirido mucha experiencia pastoral, ¡y ahora me encontraba aislado, inactivo, separado de mi pueblo, a 1,700 km de distancia!

Una noche, desde el fondo de mi corazón oí una voz que me sugería: «¿Por qué te atormentas así? Tienes que distinguir entre Dios y las obras de Dios. Todo lo que has realizado y deseas continuar haciendo: visitas pastorales, formación de seminaristas, religiosos, religiosas, laicos, jóvenes, construcción de escuelas, de hogares para estudiantes, misiones para evangelización de los no cristianos... todo esto es una obra excelente, ¡son obras de Dios, pero no son Dios! ¡Si Dios quiere que abandones todas estas obras, poniéndolas en sus manos hazlo pronto y ten confianza en Él. Dios lo hará infinitamente mejor que tú; confiará sus obras a otros que son mucho más capaces que tú. Tú has elegido sólo a Dios, no sus obras».

Había aprendido a hacer siempre la voluntad de Dios. Pero esta luz me da una fuerza nueva que cambia totalmente mi modo de pensar y que me ayuda a superar momentos de sufrimiento, humanamente imposibles de soportar.

A veces un programa bien desarrollado debe dejarse sin terminar; algunas actividades iniciadas con mucho entusiasmo quedan obstaculizadas; misiones de alto nivel se degradan hasta ser actividades menores. Quizá estés turbado o desanimado. Pero ¿me ha llamado a seguirlo a Él o a esta iniciativa o a aquella persona? Deja que el Señor actúe: Él resolverá todo y mejor.

Mientras me encuentro en la prisión de Phú-Khánh, en una celda sin ventana, hace muchísimo calor, me sofoco, siento disminuir mi lucidez poco a poco hasta la inconsciencia; a veces la luz permanece encendida día y noche; a veces siempre está oscuro; hay tanta humedad que crecen los hongos en mi lecho. En la oscuridad vi un agujero en la parte baja del muro —para hacer correr el agua—: así pasé más de cien días por tierra metiendo la nariz en este agujero para respirar. Cuando llovía, subía el nivel del agua, y entonces entraban por el agujero pequeños insectos, pequeñas ranas, lombrices y ciempiés entraban desde fuera; los dejaba entrar, ya no tenía fuerza para echarlos fuera.

Escoger a Dios y no las obras de Dios: Dios me quiere aquí y no en otra parte.

Cuando los comunistas me metieron en el fondo del barco Hâi-Pông con otros 1,500 prisioneros, para transportarnos al norte, viendo la desesperación, el odio, el deseo de venganza sobre las caras de los detenidos, compartí su sufrimiento, pero rápidamente me llamó otra vez esta voz: «escoge a Dios y no las obras de Dios», y yo me decía: «De veras, Señor, aquí está mi catedral, aquí está el pueblo de Dios que me has dado para que lo cuide. Debo asegurar la presencia de Dios en medio de estos hermanos desesperados, miserables. Es tu voluntad, entonces es mi elección».

Llegados a la montaña de Vinh-Phû, al campo de reeducación, donde hay 250 prisioneros, que en su mayoría no eran católicos, esa voz me llama de nuevo: «Escoge a Dios y no las obras de Dios». «Sí, Señor, tú me mandas aquí para ser tu amor en medio de mis hermanos, en el

hambre, en el frío, en el trabajo fatigoso, en la humillación, en la injusticia. Te elijo a ti, tu voluntad, soy tu misionero aquí».

Desde ese momento me llena una nueva paz y permanece en mí durante 13 años. Siento mi debilidad humana, renuevo esta elección ante las situaciones difíciles, y nunca me falta la paz.

Cuando digo: «Por Dios y por la Iglesia», me quedo en silencio en la presencia de Dios y me pregunto honestamente: «Señor, ¿trabajo sólo por ti? ¿Eres siempre el motivo esencial de todo lo que hago? Me avergonzaría admitir que tengo otros motivos más fuertes».

Escoger a Dios y no las obras de Dios.

Es una bella elección, pero difícil. Juan Pablo II los interpela a ustedes: «Queridísimos jóvenes, como los primeros discípulos, ¡seguid a Jesús! No tengáis miedo de acercaros a Él. No tengáis miedo de la 'vida nueva' que Él os ofrece: Él mismo, con la ayuda de su gracia y el don de su Espíritu, os da la posibilidad de acogerla y ponerla en práctica» (Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 3).

Juan Pablo II anima a los jóvenes mostrándoles el ejemplo de santa Teresa del Niño Jesús: «Recorred con ella el camino humilde y sencillo de la madurez cristiana, en la escuela del Evangelio. Permaneced con ella en el 'corazón' de la Iglesia, viviendo radicalmente la opción por Cristo» (Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 9).

El muchacho del Evangelio hizo esta opción ofreciendo todo: cinco panes y dos peces en las manos de Jesús, con confianza. Jesús hizo «las obras de Dios», dando de comer a 5,000 hombres y a las mujeres y a los niños.

Oración

Dios y su obra

Por tu amor infinito, Señor,
me has llamado a seguirte,
a ser tu hijo y tu discípulo.

Luego me has confiado una misión
que no se asemeja a ninguna otra,
pero con los mismos objetivos
de las demás:
ser tu apóstol y testigo.

Sin embargo, la experiencia
me ha enseñado
que continúo confundiendo
dos realidades:
Dios y sus obras.

Dios me ha dado
la tarea de sus obras.

Algunas sublimes,
otras más modestas;

algunas nobles,
otras más ordinarias.

Comprometido en la pastoral en la parroquia,
entre los jóvenes,
en las escuelas,
entre los artistas y los obreros,
en el mundo de la prensa,
de la televisión y la radio,
he puesto en ello todo mi ardor,
utilizando todas mis capacidades.

No me he reservado nada,
ni siquiera la vida.

Mientras estaba así,
apasionadamente inmerso en la acción,
me encontré con la derrota de la ingratitud,
del rechazo a colaborar,
de la incomprensión de los amigos,
de la falta de apoyo de los superiores,
de la enfermedad y la debilidad,
de la falta de medios...

También me aconteció, que en pleno éxito,
cuando era objeto de aprobación,
de elogios y de apego para todos,
fui imprevistamente removido y se me cambió de papel.
Heme aquí, pues, poseído por el aturdimiento
camino a tientas
como en la noche oscura.

¿Por qué, Señor, me abandonas?
No quiero desertar de tu obra.
Debo llevar a término mi tarea,
terminar la construcción de la Iglesia...
¿Por qué atacan los hombres tu obra?
¿Por qué le quitan su sostén?
Ante tu altar, junto a la Eucaristía,
He oído tu respuesta, Señor:
«¡Soy yo al que sigues, no a mi obra!
Si lo quiero me entregarás la tarea confiada.
Poco importa quién tome el puesto; es asunto mío.
Debes elegirme a Mí».

En el aislamiento en Hanoi (Vietnam del Norte), 11 de febrero de 1985, memoria de la aparición de la Inmaculada en Lourdes.

Capítulo III

Tercer pan:
Un punto firme, la oración

POR CARDENAL FCO. XAVIER NGUYEN VAN THUAN

Aprended a escuchar de nuevo, en el silencio de la oración, la respuesta de Jesús: «Venid y veréis»

(Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 2).

Después de mi liberación, muchas personas me han dicho: «Padre, en la prisión usted ha tenido mucho tiempo para orar». No es tan simple como se podría pensar. El Señor me ha permitido experimentar toda mi debilidad, mi fragilidad física y mental. El tiempo pasa lentamente en la prisión, particularmente durante el aislamiento. Imaginen una semana, un mes, dos meses de silencio... son terriblemente largos, pero cuando se transforman en años se hacen una eternidad. Un proverbio vietnamita dice: «Un día en prisión es como mil otoños fuera». ¡Hay días en que, al extremo del cansancio, de la enfermedad, no logro recitar una oración!

Me viene a la mente una historia, la del viejo Jim. Cada día, a las 12, Jim entraba a la Iglesia por no más de dos minutos y luego salía. El sacristán, que era muy curioso, un día detuvo a Jim y le preguntó:

— ¿A qué vienes cada día?

— Vengo a orar

— ¡Imposible! ¿Qué oración puedes decir en dos minutos?

— Soy un viejo ignorante, oro a Dios a mi manera.

— Pero ¿qué dices?

— Digo: Jesús, aquí estoy, soy Jim. Y me voy.

Pasaron los años. Jim, cada vez más viejo, enfermo, ingresó al hospital, en la sección de los pobres. Cuando parecía que Jim iba a morir, el sacerdote y la religiosa enfermera estaban cerca de su lecho.

— Jim, dinos ¿por qué desde que tú entraste a esta sección todo ha mejorado y la gente se ha puesto más contenta, feliz y amigable?

— No lo sé. Cuando puedo caminar, voy por todas partes visitando a todos, los saludo, platico un poco; cuando estoy en cama llamo a todos, los hago reír a todos y hago felices a todos. Con Jim están siempre felices.

— Y tú, ¿por qué eres feliz?

— Ustedes, cuando reciben diario una visita, ¿no son felices?

— Claro. Pero ¿quién viene a visitarte? Nunca hemos visto a nadie.

— Cuando entré a esta sección les pedí dos sillas: una para ustedes, y otra reservada para mi huésped, ¿no ven?

— ¿Quién es tu huésped?

— Es Jesús. Antes iba a la Iglesia a visitarlo ahora ya no puedo hacerlo; entonces, a las 12, Jesús viene.

— Y, ¿ qué te dice Jesús?

— Dice: ¡Jim, aquí estoy, soy Jesús!...

Antes de morir lo vimos sonreír y hacer un gesto con su mano hacia la silla cercana a su cama, invitando a alguien a sentarse... sonrió de nuevo y cerró los ojos.

Cuando me faltan las fuerzas y no logro ni siquiera recitar mis oraciones, repito: «Jesús, aquí estoy, soy Francisco». Me entra el gozo y el consuelo, experimento que Jesús me responde: «Francisco, aquí estoy, soy Jesús».

Ustedes me preguntan: ¿cuáles son tus oraciones preferidas?

Sinceramente amo mucho las oraciones breves y sencillas del Evangelio:

«No tienen vino» (In 2,3).

«Magníficat...» (Lc 1, 46-55).

«Padre, perdónalos...» (Lc 23, 34).

«En tus manos encomiendo mi espíritu...» (Lc 23, 46).

«Que todos sean uno... tú, Padre, en mí» (Jn 7, 21).

«Ten compasión de mí, que soy pecador» (Lc 18, 13).

«Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino» (Lc 23, 42-43).

Como no pude llevar conmigo la Biblia a la cárcel entonces recogí todos los pedacitos de papel que encontré y me hice una pequeña agenda y en ella escribí más de 300 fases del Evangelio; este Evangelio reconstruido y reencontrado ha sido mi vademécum diario, mi estuche precioso del cual saco fuerza y alimento mediante la lectio divina.

Me gusta hacer oración con la palabra de Dios completa, con las oraciones litúrgicas, los Salmos y los cánticos. Amo mucho el canto gregoriano, que recuerdo de memoria en gran parte. ¡Gracias a la formación del seminario estos cantos litúrgicos entraron profundamente en mi corazón! Luego, las oraciones en mi lengua nativa, que toda la familia ora cada tarde en la capilla familiar, oraciones conmovedoras que me recuerdan mi primera infancia. Sobre todo las tres avemarías y el Acuérdate, oh piadosísima virgen María, que mi mamá me enseñó a recitar en la mañana y en la tarde.

Como ya lo dije, estuve nueve años en aislamiento, vigilado por dos guardias. Caminaba todo el día para evitar las enfermedades causadas por la inmovilidad, como la artrosis; me daba masajes, hacía ejercicios físicos... oraba con cantos como el Miserere, Te Deum, Veni Creator y el himno de los mártires Sanctorum mentís. Estos cantos de la Iglesia, inspirados en la Palabra de Dios, me comunican un gran ánimo para seguir a Jesús. Para apreciar estas bellísimas oraciones fue necesario experimentar la oscuridad de la cárcel y tomar conciencia de que nuestros sufrimientos se ofrecen por la fidelidad a la Iglesia. Esta unidad con Jesús, en comunión con el Santo Padre y toda la Iglesia, la siento de manera irresistible cuando repito durante el día: «Por Él y con Él y en Él...».

Me viene a la mente la sencillísima oración de un comunista que primero fue un espía y después se hizo mi amigo. Antes de que él fuera liberado me prometió: «Mi casa dista 3 km del Santuario de Nuestra Señora de Lavang. Iré allá a orar por usted». Yo creía en su amistad, pero dudaba que un comunista fuera a orar a la Santísima Virgen. Pero un día, quizá seis años después, en mi aislamiento ¡recibí una carta suya! Escribió: «Querido amigo, te había prometido ir a orar por ti ante Nuestra Señora de Lavang. Lo hago cada domingo, si no llueve. Tomo mi bicicleta cuando oigo sonar la campana. La basílica está totalmente destruida por el bombardeo, por eso voy al monumento de la aparición que aún permanece intacto. Oro por ti así: Señora, no soy cristiano, no conozco las oraciones, te pido que des al señor Thuan lo que él desea». Estoy conmovido hasta el fondo de mi corazón; ciertamente, la Señora lo escuchará.

En el Evangelio que estamos meditando, antes de realizar el milagro, antes de dar de comer a la gente hambrienta, Jesús quiere enseñarme: antes del trabajo pastoral, social, caritativo, es necesario orar.

Juan Pablo II les dice a ustedes: «Conversad con Jesús en la oración y en la escucha de la Palabra; gustad la alegría de la reconciliación en el sacramento de la Penitencia; recibid el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Eucaristía... Descubriréis la verdad sobre vosotros mismos, la unidad interior y encontraréis al `Tú' que cure de las angustias, de las preocupaciones, de aquel subjetivismo salvaje que no deja paz» (Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 3).

Oración

Breves oraciones evangélicas

Pienso, Señor,
que Tú me has dado
un modelo de oración.
A decir verdad, no has dejado sino sólo uno:
el Padre Nuestro. Es breve,
conciso y denso.

Tu vida, Señor, es una oración, sincera y simple, dirigida al Padre. Tu oración
fue ocasionalmente larga,
sin fórmulas ya hechas,
como la oración sacerdotal
después de la Cena:
ardiente y espontánea.

Pero habitualmente, Jesús, la Virgen, los Apóstoles hacen oraciones breves, muy bellas, que asocian a su vida diaria. Yo, débil y tibio, amo estas oraciones breves ante el Tabernáculo, en el escritorio, por la
calle, solo. Mientras más las repito más me penetran. Estoy cercano a Ti, Señor.

Padre, perdónalos,
porque no saben lo que hacen

Padre, que sean uno.

Soy la esclava del Señor.
No tienen vino.

¡He ahí a tu hijo, he ahí a tu madre!

Acuérdate de mí,
cuando llegues a tu Reino. Señor,
¿qué quieres que haga?

Señor, tú sabes todo, Tú sabes que te amo.

Señor, ten piedad de mí, pobre pecador.

Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has abandonado?

Todas estas breves oraciones, ligadas una a otra, forman una vida de oración. Como una cadena de gestos discretos, de miradas, de palabras íntimas, hacen una vida de amor. Nos conservan en un ambiente de oración sin quitarnos de las tareas presentes, pero ayudándonos a santificar todas las cosas.

En el aislamiento en Hanoi (Vietnam del Norte), 25 de marzo de 1987, Fiesta de la Anunciación.

Capítulo IV

Cuarto pan:
Mi única fuerza, la Eucaristía

POR CARDENAL FCO. XAVIER NGUYEN VAN THUAN

Alrededor de la mesa eucarística se realiza y se manifiesta la armoniosa unidad de la Iglesia, misterio de comunión misionera en la que todos se sienten hijos y hermanos

(Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 7).

«¿Ha podido usted celebrar la misa en la cárcel?». Esta es la pregunta que muchos me han hecho un sinnúmero de veces. Y tienen razón: la Eucaristía es la más hermosa oración, es la cumbre de la vida cristiana. Cuando les respondo «sí», ya sé cuál es la pregunta siguiente: «¿Cómo ha podido aprovisionarse de pan y de vino?».

Cuando fui arrestado tuve que salir súbitamente, con las manos vacías. Al día siguiente me permitieron escribir y pedir las cosas más necesarias: ropa, pasta dental... Escribí a mi destinatario: «Por favor, mándenme un poco de vino, como medicina contra el mal de estómago». Los fieles entendieron lo que eso significaba: me mandaron una pequeña botella de vino para la Misa, con una etiqueta que decía «medicina contra el mal de estómago», y las hostias las ocultaron en una antorcha que se usa para combatir la humedad. La policía me pregunto:

— ¿Tiene usted mal de estómago?

— Sí.

— Aquí hay un poco de medicina para usted.

Nunca podré expresar mi gran gozo: todos los días, con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, celebré la Misa.

De todos modos, dependía de la situación. En el barco que nos llevó al norte, celebraba la Misa en la noche y daba la comunión a los prisioneros que me rodeaban. A veces tuve que celebrar cuando todos iban al baño, después de la gimnasia. En el campo de reeducación nos dividieron en grupos de 50 personas; dormíamos en camas comunes, cada uno tenía derecho a 50 cm. Nos las arreglamos para que estuvieran cinco católicos conmigo. A las 21:30 había que apagar la luz y todos debían dormir. Me encorvaba sobre la cama para celebrar la Misa de memoria, y distribuía la comunión pasando la mano debajo del mosquitero. Fabricamos bolsitas con el papel de las cajetillas de cigarros para conservar al Santísimo Sacramento. Jesús eucarístico estuvo siempre en la bolsa de mi camisa.

Recuerdo que escribí: «Tú crees en una sola fuerza: la Eucaristía, el Cuerpo y la Sangre del Señor que te dará la vida». «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn

10, 10). «Como el maná alimentó a los israelitas en su viaje a la Tierra Prometida, así la Eucaristía te alimentará en tu camino de la esperanza» (cfr. Jn 6, 50) (El camino de la esperanza, n. 983).

«Tú crees en una sola fuerza: la Eucaristía, el Cuerpo y la Sangre del Señor que te dará la vida»

Cada semana tiene lugar una sesión de adoctrinamiento en la que debe participar todo el campo. Durante la pausa de descanso, mis compañeros católicos y yo aprovechábamos para pasar un paquetito para cada uno de los otros cuatro grupos de prisioneros; todos sabían que Jesús estaba en medio de ellos, Él es el que cura de todos los sufrimientos físicos y mentales. Durante la noche los presos se turnaban en la adoración; Jesús eucarístico ayuda inmensamente con su presencia silenciosa. Muchos cristianos volvieron al fervor de la fe durante esos días; hasta los budistas y otros no cristianos se convirtieron. La fuerza del amor de Jesús es irresistible. La oscuridad de la cárcel se convierte en luz, la semilla germina bajo tierra durante la tempestad.

Ofrezco la Misa junto con el Señor: cuando distribuyo la comunión me doy a mí mismo junto al Señor para hacerme alimento para todos. Esto quiere decir que estoy siempre al servicio de los demás.

Cada vez que ofrezco la Misa tengo la oportunidad de extender las manos y de clavarme en la Cruz de Jesús, de beber con Él el cáliz amargo.

Todos los días al recitar y escuchar las palabras de la consagración, confirmo con todo mi corazón y con toda mi alma un nuevo pacto, un pacto eterno entre Jesús y yo, mediante su sangre mezclada con la mía (1 Co 11, 23-25).

Jesús comenzó una revolución en la Cruz. La revolución de ustedes debe comenzar en la mesa eucarística y de allí debe seguir adelante. Así podrán renovar la humanidad.

Pasé nueve años aislado. Durante este tiempo celebré la Misa cada día hacia las 3 de la tarde, la hora en que Jesús estaba agonizando en la Cruz. Estaba solo, podía cantar mi Misa como quería, en latín, francés, vietnamita... Llevaba siempre conmigo la bolsita que contenía al Santísimo Sacramento; «Tú en mí, y yo en Ti». Han sido las misas más bellas de mi vida.

Por la noche, de las 21 a las 22 horas, realizaba una hora de adoración, cantaba Lauda Sion, Pange Lingua, Adoro Te, Te Deum y cantos en lengua vietnamita; a pesar del ruido del altoparlante que dura desde las 5 de la mañana hasta las 11:30 de la noche. Sentía una singular paz de espíritu y de corazón, el gozo y la serenidad de la compañía de Jesús, de María y de José. Cantaba Salve Regina, Salve Mater, Alma Redemptoris Mater, Regina coeli... en unidad con la Iglesia universal. A pesar de las acusaciones y las calumnias contra la Iglesia, cantaba Tu es Petrus, Oremus pro Pontífice nostro, Christus vincit... Como Jesús calmó el hambre de la multitud que lo seguía en el desierto, en la Eucaristía Él mismo continúa siendo alimento de vida eterna.

En la Eucaristía anunciamos la muerte de Jesús y proclamamos su Resurrección. Hay momentos de tristeza infinita, ¿qué hacer entonces? Mirar a Jesús crucificado y abandonado en la Cruz. Para los ojos humanos, la vida de Jesús fracasó, fue inútil, frustrada, pero para los ojos de Dios, Jesús en la Cruz cumplió la obra más importante de su vida, porque derramó su sangre para salvar al mundo. ¡Cómo está Jesús unido a Dios en la Cruz, sin poder predicar, curar enfermos, visitar a la gente, hacer milagros y en inmovilidad absoluta!

Jesús es mi primer ejemplo del radicalismo en el amor al Padre y a los hombres. Jesús ha dado todo: «los amó hasta el extremo» Jn 13, 1), hasta el «Todo está cumplido» Jn 9, 30). Y el Padre amó tanto al mundo «que dio a su Hijo único» Un 3, 16).

Darse todo como un pan para ser comido «por la vida del mundo» Jn 6, 51).

Jesús dijo: «Siento compasión de la gente» (Mt 15, 32). La multiplicación de los panes fue un anuncio, un signo de la Eucaristía que Jesús instituiría poco después.

Queridísimos jóvenes, escuchen al Santo Padre: «Jesús vive entre nosotros en la Eucaristía... entre las incertidumbres y distracciones de la vida cotidiana, imitad a los discípulos en camino hacia Emaús... Invocad a Jesús, para que en los caminos de los tantos Emaús de nuestro tiempo, permanezca siempre con vosotros. Que Él sea vuestra fuerza, vuestro punto de referencia, vuestra perenne esperanza» (Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 7).

Oración

Presente y pasado

*Amadísimo Jesús,
esta noche, en el fondo de mi celda,
sin luz, sin ventana, calientísima,
pienso con intensa nostalgia en
mi vida pastoral.*

*Ocho años de obispo, en esa residencia,
a sólo dos kilómetros de mi celda de prisión,
en la misma calle, sobre la misma playa...
Oigo las olas del Pacífico,
las campanas de la catedral.*

*— Antes celebraba con patena
y cáliz dorados,
ahora tu sangre está en
la palma de mi mano.*

*—Antes recorría el mundo
dando conferencias y reuniones,
ahora estoy recluido en una celda estrecha,
sin ventana.*

*—Antes iba a visitarte al tabernáculo,
ahora te llevo conmigo,
día y noche, en mi bolsillo.*

*—Antes celebraba la misa ante
millares de fieles,
ahora en la oscuridad de la noche,
dando la comunión por debajo de
los mosquiteros.*

—Antes predicaba los ejercicios espirituales
a los sacerdotes, a los religiosos, a los laicos...
ahora un sacerdote, también él prisionero,
me predica los Ejercicios de san Ignacio
a través de las grietas de la madera.

—Antes daba la bendición solemne con el
Santísimo en la catedral
ahora hago la adoración eucarística
cada noche a las 21 horas,
en silencio, cantando
en voz baja el Tantum Ergo,
la Salve Regina y concluyendo con esta breve oración:
«Señor, ahora soy feliz de aceptar
todo de tus manos: todas las tristezas, los sufrimientos, las angustias, hasta mi misma muerte. Amén».

Soy feliz aquí, en esta celda,
donde crecen hongos blancos
sobre mi estera de paja enmohecida,
porque Tú estás conmigo,
porque Tú quieres que viva contigo.
He hablado mucho en mi vida, ahora ya no hablo.

Es tu turno, Jesús, para hablarme.
Te escucho: ¿qué me has susurrado?
¿Es un sueño?
Tú no me hablas del pasado, sino del presente,
No me hablas de mis sufrimientos, angustias...
Tú me hablas de tus proyectos, de mi misión.

Entonces canto tu misericordia,
en la oscuridad, en mi fragilidad,
en mi anonadamiento.

Acepto mi cruz
y la planto con mis dos manos,
en mi corazón.

Si me permitieras elegir, no cambiaría
¡porque Tú estás conmigo!
Ya no tengo miedo, he comprendido,
Te sigo en tu Pasión
Y en tu Resurrección.

En el aislamiento,
Prisión de Phú Khánh (Vietnam Central), 7 de octubre 1976, Fiesta del Santo Rosario.

Capítulo V

Quinto pan:
Amar hasta hacer la unidad es el testamento de Jesús

POR CARDENAL FCO. XAVIER NGUYEN VAN THUAN

Queridísimos jóvenes, estáis llamados a ser testigos creíbles del Evangelio de Cristo, que hace nuevas todas las cosas... Os amaréis los unos a los otros

(Jn 13, 35); (Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 8).

Una noche, cuando me encontraba enfermo en la prisión de Phú Khánh, vi pasar un policía y le grité:

«Por caridad, estoy enfermo, deme algo de medicina». Él me respondió: «Aquí no hay caridad ni amor, sólo hay responsabilidad». Esta era la atmósfera que se respiraba en la prisión.

Cuando me pusieron en un separo, primero me asignaron un grupo de cinco guardias: dos de ellos estaban siempre conmigo. Cambiaban a los jefes cada dos semanas a otro grupo para que yo no los «contaminara». Después decidieron no cambiarlos más, porque entonces ¡todos quedarían contaminados!

Al principio los guardias no me hablaban, respondía sólo «sí» o «no». Esto era verdaderamente triste; quería yo ser amable con ellos, pero era imposible, evitaban hablar conmigo. No tengo nada que regalarles: soy prisionero, hasta la ropa, toda, está marcada con grandes letra cai—tao, es decir, «campo de reeducación». ¿Qué debo hacer?

Una noche me vino un pensamiento: «Francisco, tú todavía eres muy rico. Tú tienes el amor de Cristo en tu corazón. Ámalos como Jesús te ama. A la mañana siguiente empecé a amarlos, a amar a Jesús en ellos, sonriendo, intercambiando palabras amables. Entonces empecé a contarles de mis viajes al extranjero, de cómo viven en los países como Estados Unidos, Canadá, Japón, Filipinas, Singapur, Francia, Alemania... les platiqué sobre la economía, la libertad, la tecnología. Esto estimuló su curiosidad y los animo a preguntarme muchísimas cosas. Poco a poco nos hicimos amigos. Querían aprender lenguas extranjeras, francés, inglés... ¡Mis guardias se convirtieron en mis alumnos! Cambió mucho el ambiente de la prisión, mejoró mucho la calidad de nuestras relaciones. Hasta con los jefes de la policía. Cuando vieron la sinceridad de mis relaciones con los guardias, no solo me pidieron que continuara ayudándolos en el estudio de las lenguas extranjeras, me mandaron nuevos estudiantes.

Un día un jefe me preguntó:

— ¿Qué piensa usted del periódico El Católico?

— Ese periódico no hace bien ni a los católicos ni al gobierno más bien ha ampliado la fosa de separación.

— Porque se expresa mal; usan mal los vocablos religiosos, y hablan de manera ofensiva. ¿Cómo se podrá remediar esta situación?

— Primero, hay que comprender bien qué significan las palabras, esa terminología religiosa... — ¿Puede usted ayudarnos?

— Sí, les propongo escribir un pequeño vocabulario del lenguaje religioso, de la A a la Z, y cuando tengan un momento libre les explicaré. Espero que así puedan comprender mejor la estructura, la historia, el desarrollo de la Iglesia, sus actividades...

Me dieron papel y escribí un vocabulario de 1,500 palabras, en francés, inglés, italiano, latín, español y chino, con las explicaciones en vietnamita. Así poco a poco, con la explicación, mi respuesta a las cuestiones sobre la Iglesia, y aceptando también las críticas, este documento llego a ser «una catequesis práctica».

Tenían mucha curiosidad en saber qué es un abad, un patriarca, cuál es la diferencia entre ortodoxos, católicos, anglicanos, luteranos; de dónde provienen los fondos financieros de la Santa Sede...

Este diálogo sistemático de la A a la Z ayudó a corregir muchos errores, muchas ideas preconcebidas; cada día se hizo más interesante y hasta fascinante.

En una ocasión me enteré que un grupo de 20 jóvenes de la policía estudiaba latín con un ex catequista, para tener capacidad de comprender los documentos eclesiásticos. Uno de mis guardias pertenecía a este grupo; un día me pidió si podía enseñarle un canto en latín.

— Hay tantos y tan hermosos, le respondí. — Usted cante y yo elijo, me propuso.

Canté Salve Regina, Veni Creator, Ave Maris Stella... ¿Pueden adivinar cuál canto eligió? El Veni Creator.

No puedo decir cuán conmovedor era oír cada mañana a un policía comunista bajar las escaleras de madera, hacia las 7, para ir a hacer gimnasia, y después lavarse cantando el Veni Creator en la prisión.

Cuando hay amor se siente el gozo y la paz, porque Jesús está en medio de nosotros. «Viste un sólo uniforme y habla una sola lengua: la caridad» (El camino de la esperanza, n. 984).

En las montañas de Viñh Phú, en la prisión de Viñh Quang, un día lluvioso tuve que cortar leña. Pregunté al guardia:

— ¿Puedo pedirle un favor?

— ¿Qué es? Lo ayudaré.

— Quiero cortar un pedazo de madera en forma de cruz.

— ¿No sabe que está severamente prohibido tener cualquier signo religioso?

— Lo sé, pero somos amigos, y prometo esconderla.

— Sería extremadamente peligroso para nosotros dos.

— Cierre los ojos, lo voy a hacer ahora y seré muy cauto.

Él se fue y me dejó solo. Corté la cruz y la tuve escondida en un pedazo de jabón hasta mi liberación. Con un marco de metal, este pedazo de madera llegó a ser mi cruz pectoral. En otra prisión, pedí un pedazo de alambre eléctrico a mi guardia que ya se había hecho mi amigo. Él, asustado, me dijo:

— He estudiado en la escuela de policía que si alguno quiere un alambre eléctrico significa que quiere suicidarse.

Le expliqué:

— Los sacerdotes católicos no se suicidan. — Pero ¿qué va a hacer con un alambre eléctrico?

— Quiero hacer una cadenilla para llevar mi cruz.

— ¿Cómo puede hacer una cadena con un alambre eléctrico? Es imposible.

— Si me trae unas pinzas pequeñas se lo mostraré.

— ¡Es muy peligroso!

— ¡Pero somos amigos!

Dudó y luego dijo:

— Le responderé en tres días.

Después de tres días me dijo:

— Es difícil negarle a usted cualquier cosa. He pensado así: esta noche le traigo las pinzas pequeñas de las 7 a las 11 y tenemos que terminar el trabajo en este tiempo. Dejaré ir a mi compañero a «Hanoi de noche». Si él nos viera tendríamos una denuncia peligrosa para los dos.

Cortamos el alambre en pedazos del tamaño de un fósforo, los enzarzamos... y antes de las 11 la cadena ya estaba hecha.

Esa cruz y esa cadena las llevo conmigo todos los días, no porque son un recuerdo de la prisión, sino porque indican una convicción mía profunda, son un constante reclamo para mí: sólo el amor cristiano puede cambiar los corazones, no las armas, las amenazas, los medios de comunicación.

Ha sido muy difícil para mis guardias comprender cómo se puede perdonar, amar a los enemigos, reconciliarse con ellos:

— ¿De veras nos ama?

— Sí, los amo sinceramente.

— ¿A pesar de que le hacemos mal? ¿Aun sufriendo por haber estado años en prisión sin haber sido juzgado?

— Piensen en los años en que hemos vivido juntos. ¡Realmente los he amado!

— Cuando quede en libertad, ¿no mandará a los suyos a hacernos el mal, a nosotros o a nuestras familias?

— No, continuaré amándolos, aunque me quisieran matar.

— Pero, ¿por qué?

— Porque Jesús me ha enseñado a amarlos. Si no lo hiciera, no sería digno de ser llamado cristiano.

No hay suficiente tiempo para contarles otras historias, muy conmovedoras, que son testimonios del poder liberador del amor de Jesús.

En el Evangelio, viendo Jesús a la multitud que lo seguía durante tres días, dijo: «Siento compasión de la gente» (Mt 15, 32) porque estaban «como ovejas que no tienen pastor» (Mc 6, 34)... En los momentos más dramáticos en la prisión, cuando estaba casi agotado y sin fuerza para orar ni meditar, busqué un modo para recuperar lo esencial de mi oración, del mensaje de Jesús y usé esta frase: «Vivo el testamento de Jesús», es decir, amar a los otros como Jesús me amó, en el perdón, en la misericordia, hasta la unidad, como oró Él: «Que todos sean uno como Tú, Padre, en mí y yo en ti» (Jn 17, 21). He orado con frecuencia: «Vivo el testamento de amor de Jesús». Quiero ser el muchacho que ofreció todo lo que tenía. Casi nada, cinco panes y dos peces, pero era «todo» lo que tenía, para ser «instrumento del amor de Jesús».

Queridos jóvenes, el Papa Juan Pablo II les lanza su mensaje: «Encontraréis a Jesús allí donde los hombres sufren y esperan: en los pequeños pueblos diseminados en los continentes, aparentemente al margen de la historia, como era Nazaret cuando Dios envió su Ángel a María; en las grandes metrópolis donde millones de seres humanos frecuentemente viven como extraños... Jesús vive junto a nosotros... su rostro es el de los más pobres, de los marginados, víctimas casi siempre de un modelo injusto de desarrollo, que pone el beneficio en el primer puesto y hace del hombre un medio en lugar de un fin... Jesús vive entre los que le invocan sin haberlo conocido... Jesús vive entre los hombres y las mujeres 'que se honran con el nombre de cristianos'... En vísperas del tercer milenio, cada día es más urgente reparar el escándalo de la división entre los cristianos» (Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 4 y 5).

El más grande error es el no darse cuenta que los otros son Cristo. Hay muchas personas que no lo descubrirán sino hasta el último día.

Jesús fue abandonado en la Cruz y ahora lo sigue estando en el hermano y en la hermana que sufre en cualquier rincón del mundo. La caridad no tiene límites; si los tiene no es caridad.

Oración

Consagración

Padre de inmenso amor, omnipotente, fuente de mi esperanza y de mi gozo.

1. *«Todo lo mío es tuyo» (Lc 15, 31). «Pidan y se les dará» (Mt 7, 7).*

Padre, creo firmemente que tu amor nos sobrepasa infinitamente. ¿Cómo puede el amor de tus hijos competir con el tuyo?

¡Oh! ¡La inmensidad de tu amor paterno! Todo lo tuyo es mío: Me has aconsejado orar con sinceridad. Por eso me confío a Ti, Padre lleno de bondad.

2. *«Todo es gracia». «Su Padre sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan» (Mt 6.8).*

Padre, creo firmemente que desde siempre has ordenado todas las cosas para nuestro mayor bien. No dejas de guiar mi vida. Me acompañas en cada uno de los pasos de mi vida. ¿Qué puedo temer? Postrado adoro tu voluntad. Me pongo totalmente en tus manos, todo viene de Ti. Yo, que soy tu hijo, creo que todo es gracia.

3. *«Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4, 13). «Para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1, 6).*

Padre, creo firmemente que nada supera el poder de tu Providencia. Tu amor es infinito y yo quiero aceptar todo con corazón gozoso. Eterna es la alabanza y eterno el agradecimiento. Unidos a la Virgen María y asociando sus voces a las de todas las naciones, san José y los ángeles cantan la gloria de Dios por los siglos de los siglos. Amén.

4. *«Hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Co 10, 31). «Hágase tu voluntad» (Mt 6, 10).*

Padre, creo firmemente y sin dudar que Tú obras y actúas en mí. Soy objeto de tu amor y de tu ternura. ¡Realiza en mí todo lo que puede darte aún más alabanza!

No pido otra cosa que tu gloria, esto basta para mi satisfacción y mi felicidad. Esta es mi más grande aspiración, el deseo más intenso del alma.

5. *«¡Todo por la misión! ¡Todo por la Iglesia! Padre, creo firmemente que me has confiado una misión, toda ella marcada por tu amor. Me preparas el camino. Yo no dejo de purificarme y de afirmarme en esta decisión.*

Sí, estoy decidido: seré una ofrenda silenciosa, serviré de instrumento en las manos del Padre.

Consumaré mi sacrificio, momento a momento, por amor a la Iglesia: «Aquí estoy, estoy listo».

6. *«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con ustedes» (Le 22, 15). «Todo está cumplido» Un 19, 30).*

¡Amadísimo Padre! Unido al santo Sacrificio que continúo ofreciendo, me arrodillo en este instante y por Ti pronuncio la palabra que sube de mi corazón: «Sacrificio».

Un sacrificio que acepta la humillación como la gloria, un sacrificio gozoso, un sacrificio integral… Canta mi esperanza y todo mi amor.

Prisión de Phú Khánh

(Vietnam central),
1 de septiembre de 1976, fiesta de los santos mártires vietnamitas.

Capítulo VI

Primer pez:
María Inmaculada: mi primer amor

POR CARDENAL FCO. XAVIER NGUYEN VAN THUAN

A María encomiendo... las esperanzas y deseos de los jóvenes que, en cada rincón del mundo, repiten con Ella: «He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra» (cfr. Lc 1, 38)...

preparados para anunciar después a sus coetáneos, como los Apóstoles:«Hemos encontrado al Mesías» Un 1, 41).

«María Inmaculada mi primer amor»: este pensamiento es de Juan Bautista María Vianney, el cura de Ars. Lo leí en un libro de François Trochu, cuando yo estaba en el seminario menor.

Mi madre infundió en mi corazón este amor a María desde que era niño. Cada noche mi abuela, después de las oraciones de familia, todavía reza un rosario. Le pregunté por qué: «Rezo un rosario pidiendo a María por los sacerdotes». Ella no sabe leer ni escribir, pero son estas mamás y estas abuelas las que han forjado la vocación en nuestros corazones.

María ha tenido un papel especial en mi vida. Fui arrestado el 15 de agosto de 1975, fiesta de la Asunción de María. Salí en el automóvil de la policía, con, las manos vacías, sin un centavo en el bolsillo, solo con el rosario, y estaba en paz. Esa noche en la larga carretera de 450 kilómetros, recité muchas veces el Acuérdate, oh piadosísima virgen María.

Me preguntaréis quizá, cómo me ayudo María a superar las abundantísimas pruebas de mi vida. Les contaré algunos episodios que permanecen aún muy vivos en mi memoria.

Cuando estudiaba en Roma siendo sacerdote, una vez, en septiembre de 1957, fui a la gruta de Lourdes para orar a la Virgen. La palabra que la Inmaculada dirigió a Bernadette me pareció que también estaba dirigida a mí: «Bernadette, no te prometo gozos y consolaciones en esta tierra, sino pruebas y sufrimientos». Acepté, no sin miedo, este mensaje. Después de haberme doctorado regresé a Vietnam como profesor, después fui rector del seminario, luego vicario general y obispo de Nhatrang desde 1967. Se podía decir que mi ministerio estaba coronado por el éxito, gracias a Dios.

Varias veces regresé a orar a la gruta de Lourdes. Me preguntaba con frecuencia: «¿Acaso las palabras dirigidas a Bernadette no serán para mí? ¿Son insoportables mis cruces de cada día? De cualquier manera, estoy dispuesto a hacer la voluntad de Dios».

Llegó el año de 1975 y con él el arresto, la prisión, el aislamiento y más de trece años de cautiverio. ¡Ahora comprendo que la Virgen quiso prepararme desde 1957!: «No te prometo gozos y consolaciones en esta tierra, sino pruebas y sufrimientos». Cada día comprendo más

íntimamente el sentido profundo de este mensaje, y me abandono con confianza en las manos de María.

Cuando las miserias físicas y morales en la cárcel se hacían demasiado pesadas y me impedían orar, entonces decía el Ave María, repetía centenares de veces el Ave María; ofrecía todo en las manos de la Inmaculada, pidiéndole que distribuya gracias a todos cuantos las necesiten en la Iglesia. Todo con María, por María yen María.

No sólo pido a María su intercesión, sino con frecuencia también le pido: «Madre, ¿qué cosa puedo hacer por ti? Estoy listo para seguir tus órdenes, para realizar tu voluntad por el Reino de Jesús». Entonces invade mi corazón una inmensa paz, no tengo miedo.

Cuando oro a María no puedo olvidar a san José, su esposo: es un deseo de María y de Jesús, que tienen un amor grande a san José, por razones especialísimas.

María Inmaculada no me ha abandonado. Me ha acompañado a lo largo de todo mi camino en las tinieblas de las cárceles. En esos días de pruebas indecibles, oré a María con toda simplicidad y confianza: «¡Madre, si ves que ya no podré ser útil a tu Iglesia, concédeme la gracia de consumar mi vida en la prisión. Pero, en cambio, si tú sabes que todavía podré ser útil a tu Iglesia, concédeme salir de la prisión en un día que sea fiesta tuya!».

Un día de lluvia, mientras preparaba mi comida, oí sonar el teléfono de los guardias. «¡Quizá esta llamada es para mí! Y, verdaderamente, hoy es 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de María en el Templo».

Cinco minutos más tarde llegó mi guardia:

— Señor Thuan, ¿ya comió?

— Todavía no, estoy preparando la comida.

— Después de comer, vístase bien y vaya a ver al jefe.

— ¿Quién es el jefe?

— No sé, pero me dijeron que se lo avisara.

— ¡Buena suerte!

Un automóvil me condujo a un edificio en el que encontré al Ministro del Interior, es decir, de la policía. Después de los saludos de cortesía, me preguntó:

— ¿Tienes algún deseo que expresar? — Sí, quiero la libertad.

— ¿Cuándo?

— Hoy.

Se quedó muy sorprendido. Y le expliqué:

— ¡Excelencia, he estado en prisión por mucho tiempo, bajo tres pontificados, el de Pablo VI, el de Juan Pablo I y el de Juan Pablo II. Y además, bajo cuatro secretarios generales del Partido Comunista soviético: Breznev, Andropov, Chernenko, Gorbachov!

Él se rió e hizo una señal con la cabeza:

— ¡Es verdad, es verdad!

Y dirigiéndose a su secretario, dijo:

— Hagan lo necesario para acceder a su deseo.

De ordinario, los jefes tienen necesidad de tiempo para despachar al menos las formalidades. Pero en ese momento pensé:

— Hoy es la fiesta de la Presentación de la virgen. María me libera ¡Gracias a ti María!

El momento en que me siento más hijo de María es en la Santa Misa, cuando pronuncio las palabras de la consagración. Estoy identificado con Jesús, en la persona de Cristo.

Me preguntarán ustedes quién es María para mí en mi elección radical de Cristo. En la Cruz, Jesús dijo a Juan: «Ahí tienes a tu madre» (In 19, 27). Después de la institución de la Eucaristía el Señor no podía dejarme nada más grande que su Madre.

Para mí, María es como un evangelio viviente, «de bolsillo», de amplia difusión, más accesible que la vida de los santos. Para mí, María es mi Madre, que me dio Jesús. La primera reacción de un niño que siente miedo, que está en dificultades o sufre, es la de clamar: «mamá, mamá», esta palabra es todo para el niño.

María vive plenamente para Jesús. Su misión fue la de compartir su obra de redención. Toda su gloria le viene de Él. Es decir, mi vida no valdrá para nada si me separo de Jesús.

María no se preocupaba sólo por Jesús, sino que mostró su cuidado por Isabel, por Juan y por los esposos de Caná.

Me gustan mucho las palabras de santa Teresa del Niño Jesús: «Cómo deseo ser sacerdote para poder hablar de María a todos».

Primero recurría a María Madre del Perpetuo Socorro, ahora escucho a María que me dice: «Hagan todo lo que Jesús les diga» (Jn 2, 5) y con frecuencia pregunto a María: «Madre, ¿qué puedo hacer por ti?». Siempre permanezco niño, pero un niño responsable que sabe compartir las preocupaciones de su mamá.

La vida de María se resume en tres palabras: Ecce, Fiat, Magníficat (He aquí, Hágase, Glorifica).

«He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 38).
«Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).
«Glorifica mi alma al Señor» (Lc 1, 46).

Oración

María, mi Madre

María, Madre mía, Madre de Jesús, Madre nuestra, para sentirme unido a Jesús y a todos los hombres, mis hermanos, quiero llamarte Madre nuestra. Ven a vivir en mí, con Jesús tu Hijo amantísimo, este llamado de renovación total, en el silencio y en la vigilia, en la oración y en la ofrenda, en la comunión con la Iglesia y con la Trinidad, en el fervor de tu Magníficat, en unión con José, tu santísimo esposo, en tu humilde y amoroso trabajo de llevar a cabo el testamento de Jesús, en tu amor por Jesús y José, por la Iglesia y la humanidad, en tu fe inquebrantable en medio de tantas pruebas soportadas por el Reino, en tu esperanza —que actúa ininterrumpidamente— de construir un mundo nuevo de justicia y de paz, de felicidad y de verdadera ternura, en la perfección de tus virtudes, en el Espíritu Santo, para llegar a ser testigo de la Buena Nueva, apóstol del Evangelio.

Continúa, Madre, obrando en mí, orando, amando, sacrificándome; continúa haciendo la voluntad del Padre, continúa siendo la Madre de la humanidad. Continúa viviendo la Pasión y la Resurrección de Jesús. ¡Oh Madre, me consagro a Ti, todo a Ti, ahora y para siempre. Viviendo en tu espíritu y en el de José, viviré en el espíritu de Jesús, con Jesús, José, los ángeles, los santos y todas la almas. Te amo, Madre nuestra, y compartiré tu fatiga, tu preocupación y tu combate por el Reino del Señor Jesús. Amén!

En el aislamiento de Hanoi
(Vietnam del Norte),

1 de enero de 1986, Solemnidad de María Madre de Dios.

Capítulo VII

Segundo pez:
He elegido a Jesús

POR CARDENAL FCO. XAVIER NGUYEN VAN THUAN

Un mensaje que vosotros, jóvenes de hoy, estáis llamados a acoger y gritar a vuestros coetáneos: ¡El hombre es amado por Dios!

Este es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre

(Christifideles Laici 34); (Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 9).

Les he hablado de mis experiencias en el seguimiento de Jesús, para encontrarlo, vivir junto a Él y, por consiguiente, llevar su mensaje a todos.

Me preguntarán ustedes: ¿Cómo poner en práctica la unión total con Jesús en una vida lastimada por tantos cambios? No se los he ocultado, pero por claridad ¡les vuelvo a escribir mi secreto! (cfr. El camino de la esperanza, 979-1001).

Al principio de cada párrafo están unos números, del 1 al 24: he querido hacer que correspondan a las horas de un día. En cada número, he repetido la palabra «uno»: una revolución, una campaña, un slogan, una fuerza... Son cosas muy prácticas. Si de 24 horas vivimos 24 radicalmente por Jesús, seremos santos. Son 24 estrellas que iluminan el camino de la esperanza.

No les explico estos pensamientos, los invito a meditarlos serenamente, como si Jesús les hablara dulcemente, íntimamente al corazón. No tengan miedo de oírlo ni de hablar con Él. No duden, vuelvan a leerlos cada semana. Encontrarán que la gracia brillará transformando su vida.

Como conclusión, oremos con la oración «He elegido a Jesús», y no descuiden los catorce pasos en la vida de Jesús.

1. Tú quieres hacer una revolución: renovar el mundo. Podrás realizar esta preciosa y noble misión, que Dios te ha confiado sólo con «el poder del Espíritu Santo». Todos los días, allí donde vives, prepara un nuevo Pentecostés.

2. Comprométete en una campaña que tenga como fin hacer felices a todos. Sacrifícate continuamente con Jesús, para traer paz a las almas, desarrollo y prosperidad a los pueblos. Esta debe ser tu espiritualidad, discreta y concreta al mismo tiempo.

3. Permanece fiel al ideal de un apóstol: «dar la vida por los hermanos». De hecho «nadie tiene mayor amor, que el que da su vida por sus amigos» Un 15, 13). Gasta sin parar todas tus energías y está siempre listo a darte a ti mismo para conquistar a tu prójimo para Dios.

4. Grita un solo slogan: «Todos uno», es decir, unidad entre los católicos, unidad entre los cristianos y unidad entre las naciones. «Como el Padre y el Hijo son uno» (cfr. Jn 17, 22-23).

5. Cree en una sola fuerza: la Eucaristía, el cuerpo y la sangre del Señor que te dará la vida: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» Un 10, 10). Como el maná alimentó a los israelitas en su viaje a la tierra prometida, así la Eucaristía te alimentará en tu camino de la esperanza (cfr. In 6, 50).

6. Viste un solo uniforme y habla un solo lenguaje: la caridad: La caridad es la señal de que eres discípulo del Señor (cfr. In 13, 35). Es el distintivo menos costoso, pero es el más difícil de encontrar. La caridad es la «lengua» principal. San Pablo decía que es más preciosa que «hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles» (1 Co 13, 1). Será la única lengua que sobrevivirá en el cielo.

7. Mantente en un solo principio guía: la oración. Nadie es más fuerte que la persona que ora, porque el Señor ha prometido conceder todo a los que oran. Cuando ustedes están unidos en la oración el Señor está entre ustedes (cfr. Mt 18, 20). Te aconsejo con todo el corazón: además del tiempo «oficial» de oración, retírate cada día una hora, o mejor dos, si puedes, para la oración personal. ¡Te aseguro que no será tiempo mal empleado! En mi experiencia de todos estos años, he visto confirmadas las palabras de santa Teresa de Ávila: «El que no ora no necesita que el demonio lo saque del camino: él solo se arrojará al infierno».

8. Observa una sola regla: el Evangelio. Esta «Constitución» es superior a todas las demás. Es la regla que Jesús dejo a los Apóstoles (cfr. Mt 4, 23). No es difícil, complicado o legalista como las otras: al contrario, es dinámica, amable y estimulante para tu alma. ¡Un santo alejado del Evangelio es un santo falso!

9. Sigue lealmente a un solo jefe: Jesucristo y sus representantes: el Santo Padre, los obispos, sucesores de los Apóstoles (cfr. In 20, 22-23). Vive y muere por la Iglesia es lo único que pide sacrificio: también vivir por la Iglesia exige mucho.

10. Cultiva un amor especial por María. San Juan Bautista María Vianney decía en confianza: «Después de Jesús, mi primer amor es para María». Si la escuchas, no perderás el camino; no fallarás en nada de lo que emprendas en su nombre. Hónrala y ganarás la vida eterna.

11. Tu única sabiduría será la ciencia de la Cruz (2 Co 2, 2). Mira a la Cruz y encontrarás la solución a todos los problemas que te preocupan. Si la Cruz es el criterio con el que haces tus decisiones tu alma estará en paz.

12. Conserva un solo ideal: estar vuelto hacia Dios Padre, un Padre que es todo amor. Toda la vida del Señor, todo su pensamiento y su acción tuvieron un solo fin: «Que el mundo sepa que yo amo al Padre y que hago lo que Él me ha mandado» (Jn 14, 31), y «Yo hago siempre lo que a Él le agrada» Un 8, 29).

13. Hay un solo mal que temer: el pecado. Cuando la corte del emperador de Oriente se reunió para discutir el castigo que debía darse a san Juan Crisóstomo por la franca denuncia dirigida a la emperatriz, se sugirieron las siguientes posibilidades:

a) Encarcelarlo, «pero, decían, tendría la oportunidad de orar y de sufrir por el Señor, como siempre lo ha deseado»;

b) exiliarlo, «pero, para él no hay ningún lugar donde no habite el Señor»;

c) condenarlo a la muerte, «pero así se hará un mártir y satisfará su aspiración de ir al Señor».

«Ninguna de estas posibilidades es para él un castigo; al contrario, las aceptará con gozo».

d) hay una sola cosa que él teme mucho y que odia con todo su ser: el pecado; «¡pero sería imposible forzarlo a cometer un pecado!».

Si temes sólo al pecado, tu fuerza será inigualable.

14. Cultiva un solo deseo: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mt 6, 10). Que en la tierra puedan los pueblos conocer a Dios como es conocido en el cielo; que en ésta todos empiezan a amar a los demás como se ama en el cielo; que también en la tierra haya la felicidad que hay en el cielo.

Esfuérzate por difundir este deseo. Comienza a llevar la felicidad del cielo a cada uno en este mundo.

15. Te falta una cosa: «Ve y vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme» (Mc 10, 21), es decir, debes decidirte de una vez por todas. El Señor quiere voluntarios, libres de todo apego.

16. Para tu apostolado usa el único método eficaz: el contacto personal. Con este método entras en la vida de los otros, los comprendes y los amas. Las relaciones personales son más eficaces que las predicaciones y que los libros. El contacto entre las personas y el intercambio «de corazón a corazón» son el secreto de la permanencia de tu obra y de su éxito.

17. Hay sólo una cosa verdaderamente importante: «María ha elegido la mejor parte» cuando se sentó a los pies del Señor (cfr. Lc 10, 41-42). Si no tienes una vida interior, si Jesús no es verdaderamente el alma de tu actividad, entonces... bueno, tú ya sabes bien, no tengo necesidad de que te lo repita.

18. Tu único alimento: «La voluntad del Padre» Un 4, 34); con ella debes vivir y crecer, tus acciones deben brotar de la voluntad de Dios. Ella es como un alimento que te hace vivir más fuerte y más feliz; si vives lejos de la voluntad de Dios, morirás.

19. Para ti el momento presente es el más hermoso (Mt 6, 34; St 4, 13-15). Vívelo plenamente en el amor de Dios. Tu vida será maravillosamente bella y como un gran cristal formado por millones de esos momentos. ¿Ves cómo es fácil?

20. Tienes una «carta magna»: las bienaventuranzas (Mt 5, 3, 12) que Jesús pronunció en el sermón de la montaña. Vívela en plenitud: experimentarás una gran felicidad que podrás luego comunicar a todos los que encuentres.

21. Ten un solo objetivo importante: tu deber. No importa si es pequeño o grande, porque tú colaboras con la obra del Padre celestial. Él ha establecido que éste sea el trabajo que debes cumplir para realizar su plan en la historia (cfr. Lc 2, 49; Jn 17, 4). Muchas personas se inventan modos complicados de practicar la virtud y luego se lamentan de las dificultades que

de ellos se derivan. Pero cumplir el deber del propio estado es la forma más segura y más simple de perfección espiritual que podamos seguir.

22. Ten un solo modo de llegar a ser santo: la gracia de Dios y tu voluntad (cfr. 1 Co 15, 10). Dios no dejará que te falte su gracia: pero ¿tu voluntad es suficientemente fuerte?

23. Una sola recompensa: Dios mismo. Cuando Dios le dijo a santo Tomás de Aquino: «Has escrito bien acerca de mí, Tomás: ¿qué recompensa quieres?», santo Tomás respondió: «¡Sólo a Ti, Señor!».

24. ...tienes una patria.

La campana suena, grave, profunda,
Vietnam ora.
La campana sigue sonando, lacerante, llena de conmoción,
Vietnam llora.
La campana se oye de nuevo, vibrante, patética,
Vietnam triunfa.
La campana vuelve a tocar, cristalina, Vietnam espera.

Tú tienes una patria, Vietnam.
Un país muy querido,
que a través de los siglos
es tu orgullo, tu gozo,
ama sus montañas y sus ríos,
sus paisajes de brocado y de raso,
ama su historia gloriosa,
ama a su pueblo laborioso,
ama a sus heroicos defensores.

Los ríos corren impetuosos
como corre la sangre de su pueblo,
sus montañas son elevadas,
pero más elevados aún son los huesos
que allí se amontonan.
¡La tierra es estrecha, pero amplia tu ambición,
Pequeño País tantas veces nombrado!

Ayuda a tu patria con toda tu alma sele fiel,
defiéndela con tu cuerpo y con tu sangre,
constrúyela con tu corazón y tu mente,
comparte el gozo de tus hermanos
y la tristeza de tu pueblo.

Un Vietnam, un pueblo,
un alma,
una cultura,
una tradición.

¡Católico vietnamita!
¡Ama mil veces tu patria!
El Señor te lo enseña,

la Iglesia te lo pide.
¡Que el amor por tu país, pueda ser un todo con la sangre que corre por tus venas!

Oración

«He elegido a Jesús»

Catorce pasos del camino con Jesús

Señor Jesús, en el camino de la esperanza,
desde hace dos mil años,
tu amor, como una ola,
ha arrollado a tantos peregrinos.

Ellos te han amado con un amor palpitante,
con sus pensamientos,
sus palabras y sus acciones.
Te han amado con un corazón
más fuerte que la tentación,
más fuerte que el sufrimiento
y más aún que la muerte.

Ellos han sido en el mundo tu palabra.
Su vida ha sido una revolución
que ha renovado el rostro de la Iglesia.

Contemplando desde mi infancia,
estos fúlgidos modelos,
he tenido un sueño;
ofrecerte mi vida entera,
mi única vida que estoy viviendo,
por un ideal eterno e inalterable.

¡Lo he decidido!
Si cumplo tu voluntad,
Tú realizarás este ideal
y yo me lanzaré en esta
maravillosa aventura.

Te he elegido,
y nunca he tenido añoranzas.
Siento que Tú me dices:
«¡Permanece en mí.
Permanece en mi amor!».

Pero ¿podría permanecer en otro?
sólo el amor puede realizar
este misterio extraordinario.
Comprendo que Tú quieres toda mi vida.
«¡Todo! ¡Y por amor a ti!»

En el camino de la esperanza
sigo cada uno de tus pasos.

1. *Tus pasos errantes que caminan hacia el establo de Belén.*

2. *Tus pasos inquietos en el camino a Egipto.*

3. *Tus pasos veloces a tu casa de Nazaret.*

4. *Tus pasos gozosos para subir con tus padres al Templo.*

5. *Tus pasos fatigados en los treinta años de trabajo.*

6. *Tus pasos solícitos en los tres años de anuncio de la Buena Nueva.*

7. *Tus pasos ansiosos que buscan a la oveja perdida.*

8. *Tus pasos dolorosos al entrar a Jerusalén.*

9. *Tus pasos solitarios ante el pretorio.*

10. *Tus pasos pesados bajo la Cruz en el camino al Calvario.*

11. *Tus pasos fracasados, muerto y sepultado, en una tumba que no es tuya.*

Despojado de todo,
sin vestidos, sin un amigo,
abandonado de tu Padre
pero siempre sometido al Padre.

Señor Jesús, arrodillado,
de tú a tú ante el tabernáculo, comprendo:
no podría elegir otro camino,
otro camino más feliz,
aunque, en apariencia,
hay otros más gloriosos.
Pero Tú, amigo eterno,
único amigo de mi vida,
no estás allí presente.
En ti está todo el cielo con la Trinidad,
el mundo entero y la humanidad entera.

Tus sufrimientos son los míos.
Míos todos los sufrimientos de los hombres.
Mío todo lo que no tiene paz ni gozo,
ni belleza ni comodidad ni amabilidad.
Mías todas las tristezas, las desilusiones,
las divisiones, el abandono, las desgracias.
Mío es todo lo tuyo, porque Tú tienes
todo lo que hay en mis hermanos, porque
Tú estás en ellos.

Creo firmemente en Ti, porque tú has dado pasos de triunfo.
«Sé valiente. Yo he vencido al mundo».

Tú me has dicho:

«Camina con pasos de gigante.
Ve por todo el mundo,
proclama la Buena Nueva,
enjuga las lágrimas del dolor;
reanima los corazones desalentados,
reúne los corazones divididos,
abraza el mundo con el ardor de tu amor,
acaba con lo que debe ser destruido,
deja en pie sólo la verdad, la justicia,
el amor».

Pero, Señor, ¡yo conozco mi debilidad!
Líbrame del egoísmo,
de mis seguridades,
para que no tema el sufrimiento
que desgarra.
Soy muy indigno de ser apóstol.
Hazme fuerte ante las dificultades.
Haz que no me preocupe
de la sabiduría del mundo.
Acepto ser tratado como loco
por Jesús, María, José...

Quiero ponerme a prueba,
dispuesto a todas las consecuencias,
despreocupado de todas ellas,
porque me has enseñado
a afrontar todo.

Si me ordenas dirigir valerosos mis pasos
hacia la Cruz,
me dejaré crucificar.

Si me ordenas entrar en el silencio
de tu tabernáculo hasta el fin de los tiempos.

Entraré en él
con pasos aventurados.
Perderé todo:
pero me quedarás Tú.
Allí estará tu amor
para inundar mi corazón.
Mi felicidad será total..
Y por eso repito:
Te he elegido.
Sólo te quiero a Ti
y tu gloria.

En la residencia obligatoria en Giang-xá (Vietnam del Norte),
19 de marzo de 1980, solemnidad de san José.